

RESEÑAS, COMENTARIOS
Y PUBLICACIONES

rcp

RECENSIONES Y COMENTARIOS DE PUBLICACIONES

Este es un espacio destinado a recensiones y comentarios sobre publicaciones realizadas recientemente en el área de las Ciencias Humanas y de la Educación, entre los que encontramos “Las derivas de la interculturalidad” de Ruth y Alba Moya y comentarios a los libros “Identidad nacional y poder” de Erika Silva y “Pensamiento equinoccial”, de Carlos Piñeiro.

Reseña del libro “Derivas de la interculturalidad” de Ruth Moya y Alba Moya

Estas dos autoras dan cuenta de cómo se han dado las relaciones inter-étnicas en América latina, a lo largo de la historia; de cómo a partir del hecho colonial se establece un estrecho vínculo entre etnia y clase social y de cómo estas relaciones están marcadas por la oposición y el conflicto.

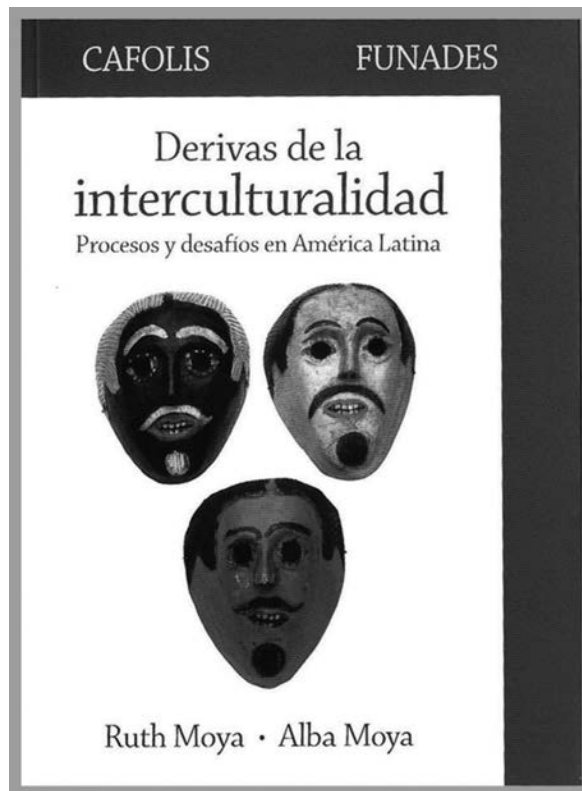
Establecen la diferencia entre *multiculturalidad* e *interculturalidad*, definiéndola a la primera como un hecho social y a la segunda como una postura ideológica, como una categoría conceptual cargada de intencionalidad política, que propone reparar la postergación que han experimentado los pueblos indígenas a lo largo de la historia, reivindicar sus derechos económicos, sociales, políticos y culturales y construir una sociedad más equitativa.

Dan cuenta de cómo la interculturalidad en América latina surge como parte de la agenda de lucha de los pueblos indígenas, al convertir a sus identidades de resistencia en identidades de proyecto.

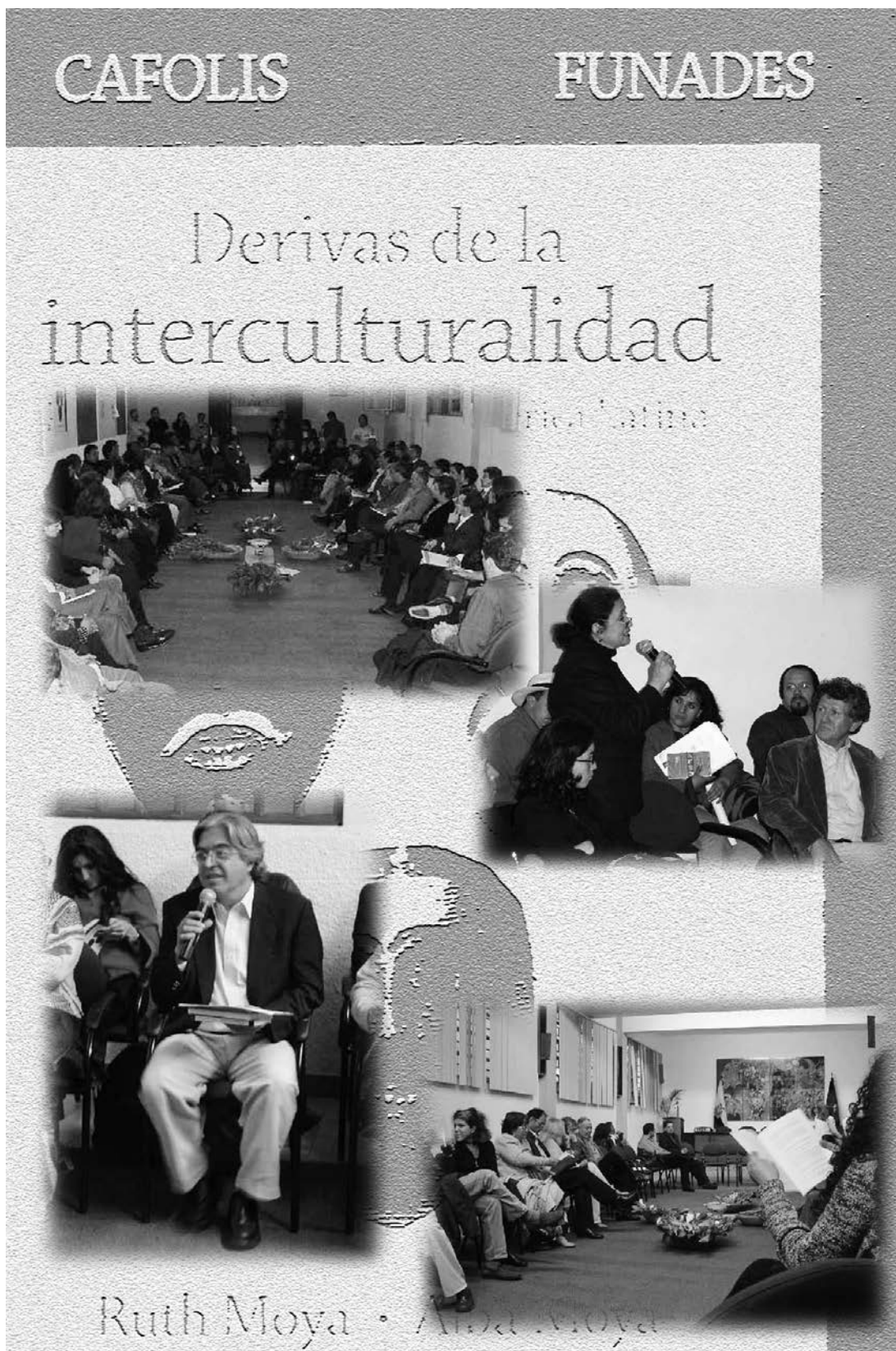
Nos hablan del papel asimilacionista que ha jugado el Estado nacional en el período republicano, al no tomar en cuenta

que en contextos multiculturales no solo existe un proyecto civilizador sino varios.

A través de la revisión de las diferentes concepciones sobre la cuestión indígena nos reflejan el cambio de mentalidades, pero desembocan en la situación actual y, entonces, nos plantean cómo los conceptos de cultura, identidad, multiculturalidad multiculturalismo e interculturalidad no tienen un solo sentido sino varios, los mismos que responden a posiciones teóricas, intencionalidades y propósitos distintos, por lo que es fundamental hacer los deslindes teóricos y análisis de contexto pertinentes, para delinear una propuesta intercultural coherente y respetuosa de la realidad.



portada del libro



Lanzamiento del libro Derivas de la Interculturalidad

Comentario al libro “Identidad nacional y poder” de Erika Silva

Cuenta Keith Hart, antropólogo británico, que cuando Marcel Mauss daba clases en el Instituto de Etnología, en París en los años 30, la audiencia estaba fascinada, pero no lograba ponerse de acuerdo sobre el objeto de las mismas. Así, tres de sus estudiantes (entre ellos G. Bataille) decidieron hacer un ejercicio: cada uno, separadamente, iba a escribir su versión de las clases de Mauss. Cuando compararon sus textos, había tres versiones diversas de las clases del maestro. Cuando interpelaron a Mauss sobre el asunto, él dijo que no tenía ninguna intención de imponer sus propios pensamientos al público, sino más bien dejar que cada uno de sus oyentes descubriera y sacara sus propias ideas.

Leer es un proceso tan creativo como escuchar y como escribir, y conlleva, por tanto, las mismas complejidades que el debate sobre la autoridad de los textos ha puesto en evidencia desde finales de la década de 1980. Todo acto de lectura (y de escucha) adquiere su sentido de la memoria acumulada del receptor, ya que la comprensión del texto escrito es el producto de la interrelación del contenido, por así decir, “objetivo” del texto y los intereses y la experiencia subjetiva del lector. Esta premisa es importante para enmarcar mi lectura del texto de Erika Silva y las inquietudes y preguntas que me ha suscitado.

El primer aporte del libro, que quiero destacar, es haber demostrado concretamente para el caso ecuatoriano, la importancia que tienen los “discursos”. Un discurso entendido no solamente como textualidad, construcción verbal y lingüística, sino en la definición de Todorov, como un producto de un contexto particular en el cual intervienen no solamente elementos retóricos y lingüísticos, sino también

interlocutores específicos. Un discurso aparece en un tiempo y un espacio definido, bajo la confluencia de determinadas circunstancias y, como añade Escobar, se convierte en una parte constitutiva de la realidad social misma; no es una descripción objetiva de la realidad social, sino más bien, es la realidad social, puesto que es a través del lenguaje y del discurso que la realidad social inevitablemente se construye. En este sentido, los ensayos de Erika Silva demuestran muy claramente cómo el discurso sobre la identidad nacional se convierte en el “reflejo de la lucha por definir la realidad en cierta forma y no en otra”. Por lo tanto está estrechamente ligado al poder, ya que “produce ‘efectos de verdad’(...) entra a participar en la producción de la realidad”. Consecuentemente, produce potentes verdades, formas de crear e intervenir en el mundo; produce políticas e intervenciones que tienen impactos y efectos concretos en la vida de gente concreta y en la realidad social.

En tiempos como estos, en donde también las publicaciones y las investigaciones están sometidas al escrutinio de la ley del mercado (deben ser “productivas” proponer cosas concretas) celebro la publicación de un libro que nos ponga a pensar seriamente sobre la importancia de los discursos como productos de representaciones, percepciones simbólicas e imaginarios sobre la realidad social y que enfatice los efectos concretos de estos imaginarios. Sin embargo, como se dice, “entre el dicho y el hecho hay un trecho”.

Así, me surge una pregunta que en realidad es una invitación para futuros análisis: ¿cómo el discurso sobre la identidad nacional -que Erika ha delineado tan bien- se encarna en la realidad concreta de todos los días? ¿Cómo este discurso viene re-significado por la gente “ordinaria”? Sería interesante -y ciertamente

es importante- mover la mirada de la cultura de las élites a las micro prácticas de la cotidianidad. Los estudios que han adoptado este enfoque revelan, por ejemplo, que la cultura en cuanto sistema de significado por el cual todo orden social se comunica, se reproduce y se experimenta, es un espacio privilegiado de ejercicio del poder y, por ende, es una dimensión de toda institución económica, social y política; por tanto, es un espacio privilegiado de la política, que incluye las prácticas políticas “no formales”. Cuando miramos al nivel de las prácticas políticas “ordinarias”, nos damos cuenta que las relaciones entre las representaciones políticas y el ejercicio del poder no son inmediatas, debemos hacerlas evidentes y esto es posible solo a través de una etnografía detallada de las acciones concretas y ordinarias. Hablar de identidad nacional y política en este momento en el actual Ecuador, significa hablar de las nuevas y múltiples micro-arenas políticas “subalternas” (como las define Nancy Fraser), pero no por esto menos públicas, en donde se gestan nuevos discursos políticos paralelos, cuyos miembros inventa y hacen circular “contradiscursos” y formulan de esta manera interpretaciones de oposición sobre sus identidades, intereses y necesidades.

El segundo aporte del libro es proveer un ejemplo concreto de cómo se da y funciona la identidad. El libro, sobre todo el primer ensayo, evidencia que la identidad pertenece al ámbito del flujo, de la fluctuación y del movimiento. Contrariamente a lo que afirmaba Aristóteles, y en contra de quienes todavía quieren aferrarse a definiciones esencialistas de la identidad y pensarla como “dada” una vez para siempre, los análisis del libro “Identidad Nacional y Poder” demuestran que la identidad no es inherente a la esencia de las cosas. En las ciencias sociales –y sobre todo desde la antropología- ya

hay suficiente claridad de que no existe por sí sola algo llamado “identidad”, desligada de las decisiones que un cierto grupo humano toma en un momento histórico preciso en un espacio geo-político dado. Lo que sí existe, son maneras diversas y múltiples de organizar la identidad.

El libro de Erika Silva demuestra claramente que la identidad se define por oposiciones y diferenciaciones con un “otro”, con la alteridad. La alteridad, por ende, es una categoría constitutiva de la identidad y de la naturaleza humana. No podríamos definir lo que somos, un “nosotros” si no hubiese un “otro de mí” con quien confrontarme. La identidad se construye y es posible solamente gracias a la diversidad. Es relacional, se da en un contexto de relaciones con este “otro” del cual el “nosotros” pretende diferenciarse para poder reconocerse como tal: la identidad siempre se constituye en un contexto de relaciones, en un proceso de mutua penetración y mutua definición. Porque “los otros” también se constituyen en “un nosotros” a partir y a través del mismo proceso que simultáneamente define, afirma y separa. Toda la cuestión de la identidad gira alrededor del “otro” y, como Erika muestra con claridad en los ensayos del libro, la identidad se negocia constantemente.

Pero demarcar el territorio de este “nosotros” que nos define y establece límites con “los otros”, significa también adherirse a un sistema de inclusiones y exclusiones: estas permiten una identificación interna (la pertenencia al grupo) y las distinciones externas (“los otros”). Y es justamente esta dinámica contradictoria, este juego de inclusiones y exclusiones, entre aceptación y rechazo de la “diversidad”, que a su vez establece la diferencia, lo que convierte al tema de la identidad en un problema, porque si no puede existir identidad sino con alteridad, en una relación dialéctica de mutuo reconocimien-

to, entonces, ¿qué pasa cuando se intenta eliminar esta diversidad, o minimizarla? Es aquí cuando el tema de la construcción de la identidad, que puede parecer un mero ejercicio académico, deja de ser tal cuando nos ponemos a pensar en la situación del mundo en general, y del Ecuador en particular, en la que la geopolítica mundial, con su famosa globalización apunta a una supuesta “igualdad” y homogeneización e intenta restar importancia a la existencia de la diversidad. Eliminar la diversidad, significa negar la alteridad y esto, a su vez, acarrea una fuerte crisis de identidad. Porque no puede existir identidad (nacional, cultural, sexual, etc.) que no se desarrolle en referencia con otras identidades, en una relación de mutuo reconocimiento. Eliminar a “los otros” significa, entonces, eliminarnos a nosotros mismos.

La pretensión actual de eliminar la diversidad y la diferencia acarrea una “orfandad” identitaria (o supuesta orfandad), que deja espacio a los que Sánchez-Parga llama una “feudalización identitaria”, es decir, la emergencia y revitalización de identidades regionales y locales cada vez más microfísicas. Yo creo que esta puede ser una pauta adicional para leer la crisis de identidad que parece caracterizar al Ecuador y para entender ciertas dinámicas nacionales: porque es siempre una reflexión sobre la alteridad, sobre el “otro”, lo que precede y permite toda definición e identificación identitaria. Si no existe esta reflexión sobre el “otro” y el papel que éste juega en nuestra auto-identificación, cualquier reflexión sobre identidad resulta parcial y cualquier intento de construcción de “interculturalidad” está destinado al fracaso.

Me parece importante destacar como otro aporte del libro, el intento de reconstruir una arqueología de las ideas, conceptos y formas de Estado que dieron origen al Estado ecuatoriano y a la manera de

“hacer política” nacional. Volver al pasado para entender el presente, para entender las formas y relaciones socio-políticas del presente representa un aporte valioso, sobre todo si volvemos una mirada general al panorama de producción del conocimiento nacional, y nos damos cuenta que hay una gran mayoría de investigaciones y publicaciones que responden al momento, que son absolutamente coyunturales y por ende dejan intacta la ignorancia. La mirada histórica sobre el origen del concepto de Estado español, exportado a la región andina con la conquista y colonización, nos confirma lo que desde la antropología se enfatiza desde siempre: que todo modelo social, político y económico tiene un carácter profundamente histórico y que, por ende, todo orden cultural tiene un carácter arbitrario (Escobar, 1998). Así, resulta claro el “sincretismo” político que se dio cuando la forma de gobierno católico-español se encontró con la forma de gobierno andina. Es el análisis de estas dinámicas, re-significaciones y transformaciones que permite una comprensión más profunda de la realidad social.

Y aquí me surge una pregunta, que nuevamente es una invitación a Erika para futuras investigaciones: dentro de este marco, ¿qué pasa con la globalización y los proyectos políticos y económicos neoliberales? ¿Qué pasa, en Ecuador, como en toda América Latina, cuando el programa civilizatorio neoliberal impone una nueva forma de relaciones entre el Estado y la sociedad civil y avanza una definición distintiva de la esfera política y de sus participantes, basadas en un concepto minimalista de Estado y democracia? Cómo el Estado “local”, este modelo “histórico” de Estado ecuatoriano –a su vez fruto de anteriores transformaciones y cambios– se relaciona y reacciona frente a este “nuevo” modo de concebir lo político y de hacer política? Las políticas neoliberales han intensificado las

desigualdades y han minado las redes de seguridad -por mínimas y precarias que hayan sido- de los Estados de “malestar” social de antes, y han redefinido significativamente el terreno de lo político-cultural, debilitando y desestructurando los idiomas de protesta tradicionales: los ajustes estructurales económicos conllevan ajuste estructurales sociales que debemos analizar y que forman parte de lo político y la política.

¿Qué papel juega la economía global en la percepción que los ecuatorianos tienen de sí mismos? ¿Cuánto los efectos de estar dentro de un sistema global, desigual, injusto, que caracteriza a Ecuador como un país “minoritario” sin poder de negociación, entran en juego en la configuración y reproducción de una identidad nacional desgastada, frágil y ambigua, que se revela en la salida masiva de ecuatorianos hacia nuevos países en busca de una “nueva” identidad, que hace decir al 45% de quienes quedan que quisieran irse de este país (según datos de encuestas nacionales a finales del 2003) y que llega a su expresión máxima cuando acepta eliminar su moneda nacional (símbolo y custodio de la memoria colectiva) y sustituirla por la moneda de un país dominante? La adopción de una moneda extranjera y dominante como moneda nacional, demuestra concretamente que la economía global se presenta como una red social singular, que desafía las pretensiones de los Estados territorialmente individuales de convertirse en el referente central y exclusivo de la idea de sociedad que sus ciudadanas/os manejan. Mientras que una vez los mercados nacionales dominaban la vida económica, hoy en día “nuestra civilización se concibe a sí misma como a una economía más que como un medio de asociación política”.

Estas son preguntas que hay que contestar cuando intentamos entender el “problema” de la identidad nacional, porque son estas tendencias mundiales que moldean las relaciones políticas internacionales y nacionales. No podemos pensar lo nacional sin referente a lo internacional.

He sido tal vez crítica en mis comentarios, espero que de manera constructiva, pero esta es justamente la señal que el libro ha despertado en mí no solo mucho interés sino muchas inquietudes.

Me ha hecho pensar y, al final, este es el verdadero propósito de cualquier libro, que justifica su publicación y difusión.

Emilia Ferraro
Quito, 31 de marzo de 2004.

Comentarios al Libro “Pensamiento Equinoccial” de Carlos Piñeiro

En tiempos de coyuntura y superficialidad como los que vivimos, en épocas de olvido y de abdicación, resulta interesante y de algún modo insólito, releer, gracias a un intelectual argentino, lo que el Ecuador pensó, lo que intuyó y lo que propuso a través de gente de la talla de Pío Jaramillo Alvarado, Benjamín Ca-rrión, Leopoldo Benítez Vinuesa, Agustín Cueva y Velasco Ibarra.

El libro, les confieso, me ha permitido, entre el torbellino de una República sin Norte, entre la caducidad institucional y la mediocridad ambiente, advertir y, por contraste, admirar cómo el pensamiento sobrevive e ilumina, y también cómo las ideas son indispensables para estructurar y mantener a una sociedad y además necesarias para entender los procesos e impulsar los cambios.

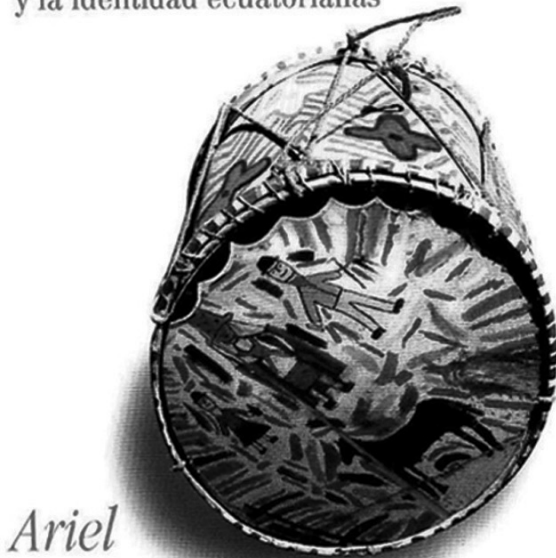
La visión de indígenas e indigenismo y su aproximación a algunos referentes para entender un tema que se volvió clave desde los noventas, suscitó en mí algunas reflexiones. En efecto, más allá de que el autor nos trae, en cierta forma renovado, el pensamiento de Pío Jaramillo, sus consideraciones son apuntes que provocan retomar desde un ángulo más riguroso un tema que ha sido oscurecido por la coyuntura y el torbellino político de los últimos tiempos. El Ecuador, como el autor propone, necesita mirar otra vez aquello del indigenismo, pero desde una perspectiva que el Ecuador ha sido renuente a utilizar con calma, con profundidad y responsabilidad: la perspectiva del mestizaje. A mí hace rato me asaltó la idea de repensar y hasta de cuestionar el movimiento indigenista e intentar al menos una aproximación más rigurosa hacia el asunto de los fondos mestizos de lo que queda de la cultura nativa. Se me ocurre, incluso, decir que con la conquista, todo se volvió mestizo, desde el poncho, hasta el idioma y que la dificultad esencial está

precisamente en eso, en admitir la mestización profunda de nuestra realidad y nuestra historia, de nuestra gente.

Carlos Piñeiro Iñíguez

Pensamiento Equinoccial

Seis ensayos sobre la nación, la cultura y la identidad ecuatorianas



Portada del Libro Pensamiento Equinoccial

precisamente en eso, en admitir la mestización profunda de nuestra realidad y nuestra historia, de nuestra gente.

En contraste con esa idea, en los últimos tiempos hemos vivido la afirmación irrestricta de un indigenismo renovado, con algunos perfiles radicales, que el tiempo y la política se han encargado de pulir, y penosamente también de tergiversar.

Sobre este tema y sobre las grandes líneas del pensamiento de Pío Jaramillo Alvarado, así como sobre los eventos claves, olvidados o desconocidos de la historia nacional, como la actitud del liberalismo sobre el indio, el debate sobre la supresión del concertaje en 1918, las visiones de la literaruta de los años treinta, la reforma agraria de los sesenta, el lector encontrará aproximaciones interesantes en el libro que comento.

Carlos Piñeiro aborda en su libro el pensamiento de Benjamín Carrión. Se ocupa el autor argentino de las tesis esenciales de Carrión: el rescate de la cultura como refugio, como proyecto, como idea; la capacidad suscitadora del pensador lojano y la visión, hoy tan necesaria de reivindicar, de la “patria chica con destino grande”, de la salvación por la cultura, de la afirmación de la nación por tradiciones y costumbres. Carlos Piñeiro comprendió perfectamente el gran debate que está en el trasfondo del pensamiento de Carrión: **“No se trata de rechazar la cultura occidental sino de intergrarla en la realidad inevitable... el estímulo cultural más efectivo consiste en unir estrechamente, de acuerdo con los mandatos de la geografía, lo latino con lo tropical...”** dice el autor aludiendo al pensamiento de Carrión.

El texto de Piñeiro no prescinde, por supuesto, de los libros claves de Carrión: Las Cartas al Ecuador y el Cuento de la Patria. En relación con esto, lo que me interesa destacar, porque ese necesario hacerlo en tiempos de pragmatismo y negación, es la función que el mito y la leyenda adquieren en las sociedades y en los procesos de fundación de las naciones; la dimensión extraordinaria que adquiere la cultura, la necesidad de entender la historia para enfrentar la política y el provenir. Esta visión de Carrión nos conmueve y nos refresca cuando las lógicas del mercado y la ideología de la ganancia han desplazado a todo lo demás, dejándole a la gente espiritualmente mutilada y a los países moral y políticamente sometidos. Leyendo a Piñeiro, me pregunto, ¿no será necesario volver a nuestros fondos culturales, a las razones que encierran los mitos y a hablar otra vez de la patria como alternativa al pobre y devaluado concepto de país?

En esa misma línea de reflexión renovada de los grandes pensadores ecuatorianos, el autor resucita a Benítez Vinuesa.

Reitero, es interesante y curioso que lo haga un argentino, a quien le debemos gratitud por su entrega en la comprensión del pensamiento nacional, pero le debemos algo más importante: el golpe a la conciencia de los intelectuales ecuatorianos, que abrumados por lo circunstancial, hemos enterrado en la

coyuntura lo fundamental: la enormidad cultural subyacente en el país del siglo XX, que antes de enredarse en el economicismo, era campo propicio para pensar, para querer, para sentirle a la siempre esquivada identidad.

Como nunca antes, en estos días tumultuosos y febriles, cuando parece evaporarse el sentido nacional, adquiere carácter de verdad irrefutable aquello del Ecuador, entendido como drama y paradoja. Como Piñero destaca con acierto, citando a Pareja Diezcanseco: ese libro de Leopoldo Benítez es simplemente extraordinario, y es un ejemplo del género ensayístico latinoamericano. A mí me impresiona el concepto tan bien traído y refrescado por Piñero, de un país que se mueve entre el drama, la incertidumbre, los retos inconclusos y las paradojas que suscita nuestra condición equinoccial. Me impresiona también su humanidad.

Otro libro esencial de Benítez Vinuesa, que Piñero nos refresca en su análisis es, sin duda, *Argonautas en la Selva*. El tiempo que se concede a las exposiciones siempre conspira contra nuestros deseos de extendernos en la deliciosa y profunda literatura y pensamiento de Benítez, por eso solo me limito a citar una frase de este ecuatoriano, que se aplica a nuestra condición de naufragos en el mar de lo transitorio y lo confuso. Piñero cita una frase esencial de Benítez: “La fe es más robusta que los cálculos del sentido común”.

En cuanto al pensamiento y a la obra de Agustín Cueva, bien enmarcada en el ensayo del autor argentino, quiero hacerles una confesión: **El proceso de dominación política en el Ecuador** fue en cierto modo, un libro esencial en los años universitarios de los setentas, intelectuales y bohemios como dice Piñero y que yo viví con pasión. Para mí fue un libro revelador, aunque siempre debatí sobre la saturación marxista de sus tesis. Debatí sobre él y sentía que podían haber otras visiones menos ideológicas, más objetivas y certeras, sin que ello signifique que desmerezca la trascendencia y la marca que su literatura dejó en mí. Fue su libro un descubrimiento y quizá uno de los textos que me indujeron a las aficiones sociológicas, analíticas que desde esos años tengo. De modo que en esa medida le

debo a un marxista auténtico una afición que ha enriquecido la vida y me ha servido en la cátedra. El enfoque de Piñero me parece sintético, como debe ser el ensayo moderno, ágil como demanda una lectura fructífera.

Piñero expone aquello que es indispensable para situar a Velasco en el contexto de su siglo: su doble y siempre polémica función de intelectual, suscitador y de político activo, tan activo que accedió cinco veces a la presidencia de la República y marcó la mitad del siglo veinte. Separar las dos funciones vitales de Velasco es imposible, por eso Piñero se encontró con esa esencial dificultad en el caso de Velasco.

Velasco como pensador puro es imposible. Velasco como retórico es paradójico: suscita el aplauso de masas analfabetas, hablando de Ortega y Gasset y de Kelsen, hablando de Bolívar y haciendo paradojas múltiples que sin embargo encierran un pensamiento, muy vinculado con el derecho y el constitucionalismo.

Pensamiento equinoccial es un reto para los ecuatorianos que hemos olvidado y en algunos casos hasta enterrado, el recuerdo y la presencia de nuestros pensadores fundamentales. Bien valdría por eso, un esfuerzo para revivir a los pensadores anteriores, a Espejo, Montalvo, Peralta, Moncayo, Mera, González Suárez, Martínez y a otros tantos que asumieron el reto de pensarle al país, tarea ímproba cuando vivimos tiempos de pura acción y lógicas que apuntan a todo menos a comprender sin más interés que descubrir las raíces y los secretos que una nación que se está haciendo.

Por eso, el autor merece lo mejor para un escritor... que se le lea.

*Fabián Corral B.
2 junio de 2005*